



PAN DEL ALMA

Audi filia.

Nuestras flaquezas y la compasión de Cristo

¡Qué bueno es Jesús! ¡Qué afable es! ¡Qué singular dulzura la de Jesús! No miréis al divino Maestro cuando está en presencia de los soberbios, de los contumaces, de los impenitentes; aunque se vistan armeros con la mentida virtud de la simulación, para ellos el rostro de Cristo se mostrará airado.—¡Hipócritas! ¡Razas de víboras! ¡Sepulcros blanqueados! ¡Ay de vosotros! — le oiréis clamar en aras de su eterna justicia. La bondad y la malicia, la humildad y la soberbia, la sencillez y la doblez, la verdad y la mentira jamás convivirán en reposo. ¿Quién sabrá amalgamar a la virtud con el vicio, a Cristo con Belial? No, no; Jesús no resiste la presencia de los fariseos, que, quieren aparecer buenos, sin serlo, y no recriminarlos. El castiga silenciosa, pero eficacísimamente, a los que acusan escandalizados a la mujer adúltera; y reprende al otro rico, porque murmuraba de la Magdalena, y así es El libertador de aquélla y defensor de ésta. Y, mientras condena al pueblo judío que había sido refractario a las gracias divinas, hasta el extremo de resistir el influjo de las lágrimas del Salvador sobre Jerusalem, perdona a Pedro que le niega cobardemente, pero que luego se arrepiente, y llora su pecado. Es, hija mía, que Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia.

Cuánto es de extrañar, hija mía, que siendo tantos los hechos con que el Rey de las misericordias confirma esta verdad, haciéndola experimentable como una ley física, sean las almas tan rehacias para reconocer sus faltas y confesarlas humildemente, y así disponerse para recibir las influencias de la divina gracia, que si es sobreabundante nos lleva hasta lo más alto de la perfección, y que, mucha o poca, siempre nos libra del pecado.

¡Si fuéramos humildes! Pero ¡qué difícil es reconocer nuestros pecados y confesarlos! Por eso no hallan muchos el camino de la perfección y los más no entran en los senderos de la salvación, y muchos, que fueron elevados a grandes alturas en todos los órdenes, caen en los abismos más hondos, por no ser sencillos para reconocer la voz del Señor, cuando les amonesta y por no ser dóciles para seguirla. Indudablemente que este es el gran vicio de que adolece nuestra sociedad. El naturalismo cerró los oídos de las almas a la voz de la gracia y desterró de la vida de los hombres todo consorcio divino, infundiendo, por consiguiente, en la voluntad una tan espontánea malquerencia a toda influencia sobrenatural, que sólo pueda compararse con la frialdad de la muerte.

Cuánto es digno de ser llorado éste tristísimo estado de las almas, que ha penetrado en todos los órdenes de la vida y que ha hecho del mundo una gran escuela de comercio, en donde se olvida, por primera providencia, que no de sólo pan vive el hombre; que se debe buscar el reino de Dios y su justicia y que lo demás se nos dará por añadidura; que en la medida que demos se nos dará; que hemos, en fin, de trocar las ganancias de este mundo por las del cielo, para el que hemos nacido, y que, si no aceptamos la providencia de Dios en nuestros asuntos, pereceremos.

Es evidente que esta malquerencia a lo sobrenatural está fomentada por el desfreno más escandaloso de las pasiones envilecedoras del hombre que ciegan la inteligencia y debilitan la voluntad en tanto grado para lo divino, a las veces, que no es raro oír decir que la sociedad de nuestros días no tiene capacidad para apropiarse la divina redención. Espanto causa este pensamiento; pero no es menos horrorosa la existencia de esas innúmeras masas anarquistas que viven, o piensan que viven, «sin Dios ni amo;» sociedades que se nutren con avaricias, que se robustecen con toda